

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1950

Núm. 982

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

La inocentada de Fray Pascual

HAY, sobre todo por esta Andalucía plástica y colorista, una liturgia laica y civil que conmemora de un modo especial y pintoresco cada una de las grandes fechas del año religioso. El jueves Santo, con mantilla y claveles; la Navidad, con pavo, hojaldré y pestiños. Pues bien; en esta liturgia mundana, la matanza de los Santos Inocentes se conmemora rellenando de algodón las croquetas o echándole sal al café...

La *inocentada* es la celebración frívola de un trágico episodio bíblico. Es un poco absurdo que aquel doloroso paso en el que los soldados de Herodes mataron tantos niños, haya dado lugar, andando el tiempo, a que las croquetas se rellenen de algodón. Pero no hay que asombrarse de esto. Todas las conmemoraciones humanas son un poco absurdas e incongruentes. Yo he visto conmemorar la Fiesta de la Raza española bebiendo champagne francés.

En fin, no divaguemos. Mi intención era hoy únicamente contarte, lector, cómo celebraron en su mesa el día de los Santos Inocentes, los elegantes marqueses de Casa Rodríguez.

El día de los Santos Inocentes, los elegantes marqueses de Casa Rodríguez convidaron a comer a Fray Pascual...

Es muy corriente, por Andalucía, esto de que las familias pudientes y de rango tengan un capellán, familiar y amigo, para bautizos, bodas y misas de gallo. En la familia se le llama antonomásicamente el *Padre*. El *Padre* casó a los «señores»; ayudó a bien morir al «abuelo»; bautizó a los hijos. Los domingos, el *Padre* viene a decir misa en el oratorio de la casa o del cortijo. Alguna vez consigue permiso de sus superiores para quedarse en la casa a comer y pasar el día. Entonces se pone en la mesa del comedor un ancho sillón de cuero, abacial, único, inconfundible. Es el sillón del *Padre*...

Pero el día de los Santos Inocentes, los marqueses de Casa Rodríguez convidaron al *Padre* a comer con perversa y solapada intención. La marquesa, que se permitía todavía infantiles tra-

vesuras bajo su peluquín amarillo, había dicho palmoteando:

—¡Vamos a darle una inocentada al *Padre*!

El plan se trazó rápidamente. Nada de antiguallas. Ni las frituras con algodón, ni el champagne con sal de frutas. Una cosa más fina y traviesa. Sencillamente, pretextando que habían tenido que convidar a unos amigos de cumplido, darle una comida de toda etiqueta. ¡Cómo habían de reírse con el embarazo del pobre fraile, ante las pinzas para los espárragos y la paleta de plata del lenguado!

—¡Estupendo! ¡Estupendo!

Cuando por la noche, Fray Pascual entró en el comedor, todos estaban vestidos de rigurosa etiqueta. El marqués le explicó que había venido de Madrid un matrimonio amigo y habían tenido que obsequiarlo. El matrimonio era Rosarito Colominas y Polín Azara, cómplices de la broma. El buen Fray Pascual dejaba resbalar su sonrisa indulgente sobre las lustrosas pecheras y los cuellos tiesos de los comensales, y se revolvía plácidamente, como un gato entre cojines, en su hábito ancho y holgón. Todos se sentaron, conteniendo la risa. Fray Pascual, siempre sonriendo, trazó sobre la mesa una bendición paternal:

—Dios bendiga estos manjares que vamos a comer y nos haga partícipes de su Santa Gloria...

Empezó la comida. Un criado de librea, chaleco rojo y cordones, sirvió el pescado. Como armas para servirse, según el rito elegante, traía un gran tridente y una ancha paleta. Todo ello absurdo, pero de plata. Empezaron las señoras. En realidad era un poco difícil manejar aquellas armas sobre la fuente sostenida, en equilibrio, por las manos enguantadas del criado. Sacaban trabajosamente unas tajaditas mínimas, erizadas de espinas; pero las sacaban con dignidad y elegancia, hablando de cosas indiferentes, como dioses que no dan importancia a las exigencias de la materia mortal.

Cuando llegó a Fray Pascual el criado, todos los ojos se fijaban en él lle-

nos de rosa. Pero el *Padre*, con su semblante beatífico e inalterable, se dirigió al criado:

—Mira, Pedrito, hijo, llévate eso allí al aparador y sacame una tajadita sin espinas...

Todos se miraban y se hacían guiños. La marquesa le dió bajo la mesa un pisotón a Polín Azara. El marqués le tiró con disimulo de la servilleta a Rosarito Colominas. Todos contenían la risa... Y mientras tanto, Pedrito, sobre el aparador, cortaba para Fray Pascual una tajada de lenguado blanca, limpia, apetitosa.

Llegaron los espárragos. Rosarito Colominas se sirvió discretamente tres, e inició la difícil tarea de llevárselo a la boca, apresados en las pinzas de plata. El espárrago sostenido tenuemente por el centro, ondulaba como una serpiente. Rosarito, alargando en forma de beso de cine sus labios pintados, procuraba producir en el aire el difícil encuentro de su boca y el espárrago. Lo acechaba, lo rondaba, lo perseguía. Al fin, en un momento de quietud casual, sus labios de ninfa lograron morder la inquieta presa, que se fué introduciendo lentamente entre ellos con un lánguido desmayo... Pero el segundo espárrago fué más cruel. Antes de ser apresado, lanzó vengativamente sobre el pecho de Rosarito—saten beige, Calmet, Paris, rue de la Paix, diez mil francos—una gota de mayonesa. Todos lo disimularon correctamente. Sólo Fray Pascual insinuó un leve comentario:

—¡Je! Parece que están vivos...

Y mientras que decía esto, comía uno tras otro sus espárragos, sosteniéndolos patriarcalmente con sus dedos.

Todavía antes de abandonar la mesa, hubo nuevos motivos de risas y de guiños. ¡Fray Pascual se puso los lentes para comer el conejo, no fuera a tragarse un hueso! (La marquesa, miope y elegante, se tragó con dignidad cinco huesos, sin inmutarse ni sacar las gafas). ¡Fray Pascual echó su copa de coñac en un vaso de agua! (Rosarito se la bebió de un sorbo, y como una medicina, apretando los labios y los ojos.) ¡Fray Pascual se metió el pico de la servilleta por el cuello para no mancharse el hábito! ¡Fray Pascual pidió azúcar para el café! ¡Qué risa tan grande! ¡Inocente! ¡Inocente!

Cuando Fray Pascual se despidió, siempre con su sonrisa de santo varón, los marqueses y sus amigos dieron suelta a toda la risa contenida. Se revolcaban por los sofás y los sillones. Se disputaban las observaciones y los detalles.

—¿No viste? ¡Mojó el pan en el jugo del asado!

Y Polín Azara diciendo esto se estremecía con escándalo y horror.

Mientras tanto, Fray Pascual, de vuelta en su convento, subía a su celda, conversando con el leguero portero, que le acompañaba con una palmaria.

—Ya le digo, hermano: una mesa de reyes. Bendito sea Dios que se los da. No te puedes figurar cómo estaba aquel juguito del asado con su mijoncito de pan. Ya le digo hermano: de reyes, de reyes.

Y luego, parándose en un escalón más:

—Y mire hermano, lo que son las cosas: el señor marqués y todos vestidos de camareros.

—¿De camareros?

—Sí, hermano. ¿Usted ha visto los camareros al pasar, en la cervecería de la «Bola de Oro»? Pues, lo mismo. Y metidos en unas camisas y unos cuellos que no sé cómo pueden respirar. Sin exageración, hermano: tiesos y duros como esto...

Y le alargaba al hermanito, para que la palpase, con horror, la rígida pasta de cartón de su breviario...

Continuó:

—Bendito sea Dios. Y todo esto lo hacen por seguir la moda, lo mismo que tomar el café sin azúcar y servirse el pescado con un palaustre de albañil...

Y luego, con un acento de infinita tolerancia, terminó:

¡Inocentes!

José M.^a Pemán

LOS DOS CATARROS

Estaba nevando a todo nevar, y ambos catarros se encontraron en la calle a eso de las doce de la noche.

Uno de ellos iba vestido pobremente, con una americana remendada, unos pantalones gastados y una camisa sucia. El otro iba elegantemente vestido y envuelto en un abrigo de pieles. Nadie le hubiera tomado a este último por lo que era en realidad.

—¿Qué es de tu vida, amigo? —preguntó el del abrigo de pieles.

—Pues, ya ves—contestó el otro—; acabo de dejar a mi dueño en la cama roncando como un descosido y me he salido a tomar el fresco mientras él duerme. Tú sabes que las noches frías, como la de hoy, son las más a propósito para que nuestra secular familia no desaparezca del mundo... Y tú, ¿cómo por aquí a estas horas?

—Por la misma razón que tú. Mi dueña quedó en cama, durmiendo también,

y me dije: Voy a dar una vuelta a ver si me encuentro con algún amigo, y ya ves, la casualidad nos ha hecho encontradizos.

Ahora, en invierno, da gusto vivir. Por menos de nada se aumenta nuestra numerosa familia. Yo pertenezco a una de las más aristocráticas. ¡Todavía hay categorías en el mundo, amigo mío! Yo todavía no he pasado de catarillo; estoy, como quien dice, en la primera edad.

Ayer, la señorita en que me refugio llegó a casa muy entrada la noche. Estaba yo muerto de frío a la puerta del cine, y sin que ella se diese cuenta me colé en sus pulmones. Te digo de verdad que uno de los más favorecidos con estos inventos modernos del cine, el teatro y las casas de diversión a tan altas horas de la noche, hemos sido los catarros.

Llegó, pues, como te digo, mi dueña muy tarde a casa, y apenas entró en ella comenzó a toser y a estornudar.

—Parece que estás constipada—la dijo inmediatamente su madre.

—Sí—contestó ella, mientras se quitaba este abrigo de pieles que me ves—; creo que me he «pescado» un catarillo.

Yo me sentí feliz. Amparado por la cursilería de mi dueña, tendré buena vida para rato. A todas horas está hablando de mí con sumo cariño. La he oído decir que piensa curarme con toda clase de medios. Ya comenzó esta noche: ponches, buena calefacción, jarabes dulcísimos, pastillas de menta que saben a gloria...; en fin, amigo, que estoy encantado con mi dueña. ¡Bendita sea la hora en que se me ocurrió acercarme a tan delicada señorita! No me falta nada; me miman como si fuera un niño, y lo que más me encanta es que siempre ando en labios de todos,

—¿Qué tal va ese catarillo?—le pregunta su madre.

—¿Cómo te arreglaste para coger ese catarillo?—le dicen sus amigas.

—Espero que pase pronto ese catarillo—añade su papá.

—Qué molesto es este catarillo—dice ella cuando la hago sacar varias veces el pañuelo perfumado de mentol durante alguna visita de postín...

Me gusta tanto el que hable de mí, que me he propuesto no abandonar a mi cariñosa ama hasta bien entrada la primavera. ¿No te parece acertada la idea?

—¡Qué envidia te tengo, amigo mío!—repuso el de la americana remendada...—Yo he tenido peor suerte que tú. Se me ocurrió hacer la rosca a un lechero el otro día cuando salía de la taberna, y ya ves qué pinta tengo. Más que por tomar el fresco he salido esta noche por no desesperarme. Tú no sabes lo mal que me trata ese bruto. A las seis de la mañana, ¡arriba! Me somete a unas toses horrosas y a un olor a tabaco que me marea. Luego, me lleva a la cuadra, donde hay un olor que no se puede resistir, y cuando intenta hacerme alguna cosa buena todo es a base de vino ardiente mezclado con manteca y no sé qué otras pócmas, que no me quedan ganas de volver a tomarlo. Pero lo que más hiere mi vanidad es el desprecio con que me trata él y todos sus familiares.

—Vaya catarrazo que he cogido—dice con frecuencia malhumorado.

—¿Qué tal va ese catarrazo?—le pre-

gunta su padre—Te está dando que hacer.

—Menudo catarrazo que has cogido, hijo mío—le dice muy cariñosa su madre...—Me parece que si sigues así vas a tener que guardar cama...

¡Pero que si quieres! ¡La cama! Sólo la veo cuando se encuentra rendido del trabajo de todo el día.

—Llevas mala vida con ese hombre—repuso el del abrigo de pieles—, creo que debes cambiar cuanto antes de dueño.

—Lo tengo pensado... ¿Y tú, qué vas a hacer?

—¿Yo? Seguir con mi dueña, por lo menos hasta que llegue la primavera. ¿Dónde voy a ir que lo pase mejor? Tengo buena calefacción, buenas mantas; hasta las diez de la mañana, todos los días en cama; cuando salgo de paseo, lo hago cubierto con este abrigo de pieles que ves; me regala con pastillas perfumadas, con jarabes exquisitos... ¿Qué más puedo pedir? Soy un catarro feliz.

—Te envidio, amigo mío—repuso tristemente el de la americana remendada—y, fiado de tu experiencia, te prometo que cambiaré de dueño en la primera ocasión que se me presente.

—Pero, ¿qué luz es esa?

—La del nuevo día—contestó gozoso el del abrigo de pieles—Tenemos que irnos cada uno a nuestro puesto.

—A mí me horroriza sólo el pensarlo—dijo el de la americana remendada—Apenas llegue, mi amo se levantará, comenzará a toser fuertemente y me llevará a la cuadra. ¡Qué sufrimiento! Sólo con pensarlo me estremezco y desespero...

—Pues no le acompañes.

—No está en mi mano el dejar de hacerlo... Los catarros somos juguetes de la fatalidad. Una vez que entramos en casa de un individuo, es preciso seguirle a donde él nos lleve... ¿Y tú, qué piensas hacer?

—Pues ir al lado de mi cariñosa dueña. Desde que estoy en su compañía no duermo bien. Se despierta varias veces durante la noche. Me voy contigo; no quiero que note que la he sacado a la calle el abrigo de pieles..

Los dos catarros comenzaron a caminar calle arriba y en silencio. En una callejuela se encontraron el sereno, que tosía como un desesperado.

—¡Otro de la familia que ha hecho de las suyas!—dijo el del abrigo de pieles.

—Le compadezco—añadió el de la americana remendada—Ese es aún más desgraciado que yo.

Llegaron frente a la casa del lechero. El catarrazo entró. El lechero estaba ya despierto, pero no se atrevía a tirarse de la cama. Notaba que le faltaba algo. ¡Su catarro!

Al entrar éste, helado de frío, el lechero sintió un fuerte golpe de tos.

—Este catarrazo me va a dar que hacer—dijo malhumorado, mientras se puso la americana fría—pero no hay más remedio. A las ocho tiene que estar la leche repartida...

También el catarillo llegó a casa de su ama. Esta sintió un frío extraño, pero no supo porqué; lo único que notó es que estornudó tres veces seguidas.

—Este catarillo sigue como el primer día—dijo, mientras se arropaba más con sus buenas mantas de lana. Hoy no me

levanto hasta las doce.

El catarriño, que permanecía acurrucado entre los pliegues del abrigo, exclamó sonriendo:

¡Qué feliz soy!

Pronto se supo que el catarro del lechero había abandonado a su amo, aburrido de los malos tratos que recibía. No así el catarriño, que siguió hasta bien entrada la primavera en compañía de su cariñosa ama.

Un día de mucha nieve acertó a pasar el catarrazo frente a la casa donde vivía su compañero. Miró a la ventana, donde brillaba una luz intensa, y dando un fuerte estornudo exclamó:

—¡Qué desgracia! En este mundo, hasta los catarros, para ser felices, necesitamos un poco de suerte.

P. Silverio DE ZORITA

O. F. M. Cap.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Unos pastores, guardaban en la noche sus rebaños, cuando de repente, apareció sobre ellos un Ángel del Señor y la gloria de Dios resplandeció a su alrededor.

Llenáronse de profundo espanto los pastores; pero el Ángel les tranquilizó diciendo:

«No temáis: porque vengo a daros la buena noticia de un gran gozo para vosotros y para todo el pueblo. Hoy os ha nacido un Salvador que es Cristo Señor, en la ciudad de David».

Alborozáronse los pastores y corrieron a buscar al recién nacido para postrarse ante El y rendirle su homenaje.

Los cantos de alegría de los ángeles llenaban la noche.

Nuevamente conmemoramos la fecha feliz del nacimiento del Salvador del mundo.

Son estos momentos en que el mundo es un caos, en que las naciones no se entienden. Los hombres de todos los gobiernos del mundo, nerviosos y desorientados buscan fórmulas precipitadas de arreglo, ante la magnitud horrorosa de una catástrofe a la que llegaron por sus muchos errores.

El mundo está lleno de odios. Se odian entre sí los hombres y los pueblos. Luchan desesperadamente hasta arrebatarse la vida el hijo de la madre europea, con el hijo que vio la luz en un apartado rincón de la misteriosa Asia. No se conocen, no saben de su existencia, hasta que frente a frente, se encuentran en rincones apartados del mundo y se asesinan sin entender sus palabras extrañas cargadas de odio, que los gobernantes de los pueblos fueron acumulando en sus inteligencias para obligarles a morir, muchas veces... sin saber por qué.

Los dirigentes de pueblos fueron poco a poco arrancando del corazón del hombre toda idea de religión y de fé.

Les hablaron de ideales humanos, de aspiraciones materiales, de odio contra quienes les hablaban de amor y de paz, pretendiendo entonces conseguir el des-

bordamiento de esa masa, para el objetivo de sus ambiciones. Después... esa misma masa desbordada sigue teniendo el mismo ideal revolucionario y materialista que le inculcaron y no consiente doctrinas de amor, de paz, ni de respeto a sus gobernantes.

Fueron rotas las barreras que llevaban a la humanidad por el camino del bien, y hoy el mundo desbordado no hay inteligencia humana que pueda contenerlo.

Conmemoramos hoy el nacimiento del Rey del amor y de la paz, en medio del caos más grande que conoció la historia de la humanidad:

Nunca fué mayor la incertidumbre, ni más grande la desorientación de los pueblos que en el momento actual.

Un momento de nerviosismo, de brutal e inoportuna energía, sería suficiente para que presenciáramos el caos de destrucción por el fuego de que nos han hablado algunos profetas.

En estas Navidades de 1950, nos queda un recurso único para contrarrestar la fuerza de la tempestad cuyos truenos, aun lejanos, suenan en el horizonte. Roguemos a Dios por este mundo tan desquiciado, pidiéndole que aparte de él su ira justiciera y le mire con la misericordia que aunque no merezca, premie a tantas almas buenas como van sufriendo en estos últimos años, en persecuciones y martirios, y en prisiones lejos de su familia y de sus patrias.

... Y los pastores escucharon al coro de ángeles que cantaban:

«Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad».

R.

VILLANCICOS

Ese Niño que es tan bello
¿Dónde mejor dormiría
que en la cuna de tu cuello,
María?

Déjalo dormir, Señora,
recostado en tu regazo;
ya verás cómo no llora
cuando lo oprima tu abrazo.

Ese Niño tan precioso
¿Dónde mejor estaría
que en tu regazo amoroso,
María?

Déjalo, que a tus favores
se ha de sentir satisfecho
con los cálidos amores
que ha de encontrar en tu pecho.

Ese Niño tan amante
¿Dónde mejor viviría
que en tu seno confortante,
María?

Déjalo porque cubierto
del mal por tí y defendido,
tranquilo estaría despierto,
en paz estaría dormido.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CHARLA

—Faltan cien pesetas de la gratificación
—Es cierto, esposa; pero las he sacrificado comprando lotería.

—Mucho dinero es para jugarlo con tanto riesgo.

—Y si toca, salimos de apuros.

—Tienes razón, esposo.

—Hay que arriesgarse alguna vez. Jugando cantidad pequeña nunca nos tocará nada importante.

—Yo, ya juego en la tienda, en la mercería, en la droguería donde compro, y hasta en la farmacia donde traigo las pastillas del niño.

—Y si te toca ahí, ¿cuánto cobras?

—Pues... pues... no sé, pero algo será.

—Nada. Y lo peor sería que en uno de esos números, te tocara el premio gordo. ¡Con qué rabieta quedarías viendo pasar por tus manos la felicidad, y por jugar una cantidad pequeña, la dejabas escapar!..

—Entonces... crees que con esas cien pesetas... si toca...

—Con esas cien pesetas, si toca el gordo, cobraremos setecientos cincuenta mil, que como ves, resolvería nuestras preocupaciones diarias y tus disgustillos a la hora de irte a la plaza de compras.

—Y podríamos comprar al niño...

—Claro, tantas cosas como hacen falta para tenerlo bien. Y viviríamos en casa propia y yo no tendría que trabajar hasta tan avanzada la noche.

—Bien, bien. Colocaré el número dentro de la urna de la Virgen del Perpetuo Socorro, para que ella ayude un poco también.

—Con ese dinero, te podrás comprar tu abrigo de invierno, que hace años que no lo haces, y al niño ropa nueva y así no se ve siempre obligado a vivir de lo que dejaron sus hermanos, además...

—Tú también necesitas ropa, un traje, por lo pronto.

—Y este año haremos un buen nacimiento, renovaremos el portal de Belén, compraremos figuras nuevas.

—Nuestros hijos tendrán turrón abundante...

—Y también dedicaremos algo a los pobres, que no les toque la lotería porque no puedan jugar cien pesetas de un golpe.

—Bien... bien... haremos muchas cosas y posiblemente, aun nos falte dinero; pero estaremos algo más cómodos en el vivir de nuestros hijos, que aunque no les falta lo necesario, siempre es deseo de los padres mejorarles en lo posible.

—¿Dejarás tu trabajo, si nos toca la lotería?

—No mujer. No es para tanto, pero sí podremos vivir mejor. Si dejo de trabajar, la vagancia es mala consejera y algo tendría que hacer para no aburrirme y mejor trabajo que el que tengo...

—Eso me alegra; pues veo que con las cien pesetas tampoco sería un premio como para vivir derrochando dinero.

—En modo alguno. Con setecientos cincuenta mil pesetas, no pueden hacerse milagros hoy día, aunque sí ayudan a vivir bien y poder hacer alguna caridad a los que nos rodean; pues la miseria vive en muchos hogares y son los que tienen algo los que pueden remediarla.

—Y... ¿si no nos toca nada, esposo mío?
—Entonces... entonces... a seguir siendo felices, como lo fuimos hasta ahora. Al menos sabemos que en nuestro apurado vivir económico, fuimos felices y vivimos honradamente y en gracia de Dios.

—Y si nos tocara la lotería, ¿tú crees que dejaríamos de ser felices y buenos ante Dios?

—No lo sé, pero creo que nos costaría más trabajo.

—Entonces... no pondré el número a los pies de la Virgen, no vaya a ser que el dinero nos arrebatara nuestra felicidad, y nuestro temor de Dios.

—No tanto, esposa, no tanto. Déjalo allí. Ella hará lo que más nos convenga y que se haga su voluntad.

Don Justo

Comentando

Añoranzas

La vida es la maestra de la vida. Esto, parece una verdad de Pero Gruyo, pero más bien es una verdad de las de a puño. Nada enseña a vivir tanto como la misma vida. Dicen que, para aprender a andar en bicicleta, lo mejor es montarse... y caerse. Así se aprende a vivir. Llevando, de cuando en vez, trompicones más o menos ciclistas. La vida es monótona y normal. Siempre, como los railes de un tren, iguales nuestros actos, nuestro modo de ser y de pensar, nuestra manera de ver las cosas. Por eso en la monotonía de la vida se marcan algunos años, para que nos sirvan

como de repaso de todo lo vivido. Esta es la razón de la celebración de las Bodas de plata y de oro, así como de los centenarios, etc.

Este año, cumplo mis Bodas de plata con la terminación de mis estudios de Bachillerato en el Colegio de la Inmaculada de Gijón. Mi vida, y la de mis compañeros de promoción, se ha deslizado durante estos veinticinco años, aislada de aquél centro que nos cobijara con cariño y nos forjara sin interés particular. De allí, salimos unos cuantos decididos a conquistar el mundo, y a representar en la vida los papeles de protagonistas de nuestra propia comedia, y al cabo de tantos años, nos reuniremos en este acto conmemorativo, para recordar aquellos tiempos, agradecer a nuestro Colegio sus desvelos, y a hacer recuento de nuestros triunfos y de nuestros fracasos.

En realidad, mi promoción ha sido afortunada. Casi todos disfrutaban de una privilegiada situación, ya sea por la situación que el talento les logró, o por la fortuna les puso en la mano. La realidad, es que pocas promociones habrá como la mía. Y estoy seguro de que, cuando nos unamos en el apretado abrazo que nos espera, cerraremos los ojos, y nos veremos a ciegas, como éramos en aquel entonces, de caras risueñas, de ojos vivarachos, de pies saltarines y de bocas rebosantes de carcajadas. Pero al abrir los ojos, nos encontraremos como somos. Nuestras canas con cabezas de puente en nuestras sienas; nuestros ojos fríos y sin brillo, gastados en el estudio o la preocupación; nuestras cabezas aplastadas por calvicies de barbecho; nuestros labios mustios, como flores deshojadas por el cierzo.

Y nos reiremos de nuestra figura grotesca, y pensaremos que no somos nos-

otros, sino una sombra de nuestros espectros. ¡Ridícula nuestra visión! ¡Y sólo en veinticinco años, que casi podemos llamar de juventud!

Esta es la más terrible lección de nuestra maestra la vida. Esa lección, nos la estuvieron explicando durante años y años en nuestro Colegio, pero siempre creímos que no podía pasar de ser una teoría más o menos matemática, pero sin ningún valor aplicable a nosotros mismos.

Esta es una lección que brindo a mis compañeros de promoción: La vida maestra de la vida, nos la enseña. La muerte, nos vence poco a poco y se adueña de nosotros. Cada día que pasa es un nuevo aviso.

Preparemos la maleta.

Hero

Solución al Jeroglífico anterior:

«Le traté con odio»



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 1817 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Carrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)